

que estauan puestas, que me parece que eran mas de cien mil, y digo otra vez sobre cien mil: y en otra parte de la plaza estauan otros tantos rimeros de canchones, y huesos de muertos que no se podian contar, y tenian en vnas vigas muchas cabeças colgadas de vna parte á otra, y estauan guardando aquellos huesos, y calueras tres Papas, que segun entendimos, tenian cargo de ellos; de lo qual tuuimos que mirar mas despues que entramos mas la tierra á dentro, y en todos los pueblos estaua de aquella manera, e tambien en lo de Tlascala. Passado todo esto que aqui he dicho, acordamos de ir nuestro camino por Tlascala, porque dezian nuestros amigos estauan muy cerca, y que los terminos estauan alli junto donde tenian puestos por señales vnos mojones, y sobre ello se preguntó al Cacique Olintecle, que qual era mejor camino, y mas llano para ir á Mexico, y dixo, que por vn pueblo muy grãde, que se dezia Cholulula, y los de Cempoal dixeron á Cortés: Señor no vais por Cholulula, que son muy traidores, y tiene alli siempre Montecuma sus guarñiciones de guerra, y que fuessimos por Tlascala, que eran sus amigos, y enemigos de Mexicanos: y assi acordamos de tomar el consejo de los de Cempoal, que Dios lo encaminaua todo, y Cortés demandó luego al Olintecle veinte hombres principales guerreros que fuessen con nosotros, y luego nos los dieron: y otro dia de mañana fuimos camino de Tlascala, y llegamos á vn pueblezuelo, que era de los de Xalacingo: y de alli embiamos por mensajeros dos Indios de los principales de Cempoal de los Indios, que solian dezir muchos bienes, y loas de los Tlascaltecas, y que eran sus amigos, y les embiamos vna carta, puesto que sabiamos que no lo entenderian, y tambien vn chapeo de los vedijudos colorados de Flandes, que entonces se vsauan: y lo que se hizo diremos adelante.

Resuelve Cortés de ir por Tlascala á Mexico.



CAPITULO LXII.

Como se determinò q̄ fuessimos por Tlascala, y les embiamos mensajeros para que tuuiesen por bien nuestra ida por su tierra, y como prendieron á los mensajeros, y lo que mas se hizo.

Como salimos de Castilblanco, y fuimos por nuestro camino los corredores del campo siempre delante, y muy opercebidos, en gran concierto los escopeteros, y ballesteros, como convenia, y los de á cauallo mucho mejor, y siempre nuestras armas vestidas, como lo teniamos de costumbre. Dexemos esto, no se para que gasto mas palabras sobre ello, sino que estaua nos tan apercebidos, assi de dia, como de noche, que si diessen al arma diez vezes, en aquel punto nos halláran muy puestos, calzados nuestros alpargates, y las espadas, y rodela, y lanças, puesto todo muy á mano: y con aquesta orden llegamos á vn pueblezuelo de Xalacingo, y alli nos dieron vn collar de oro, y vnas mantas, y dos Indias, y desde aquel pueblo embiamos dos mensajeros principales de los de Cempoal á Tlascala con vna carta, y con vn chapeo vedijudo de Flandes colorado, que se vsauan entonces: y puesto que la carta bien entendimos que no la sabrian leer, sino que como viesse el papel diferenciado de lo suyo, conocieran que era de mensajería, y lo que les embiamos á dezir con los mensajeros, como ibamos á su pueblo, y que lo tuuiesen por bien, que no les ibamos á hazer enojo, sino tenellos por amigos: y esto fue porque en aquel pueblezuelo nos certificaron, que toda Tlascala estaua puesta en armas contra nosotros, porque segun pareció, ya tenian noticia como ibamos, y que lleuauamos con nosotros muchos amigos, assi de Cempoal, como los de Zocotlan, y de otros pueblos por donde auiamos passado, y todos solian dar tributo á Montecuma

Prendien los Tlascala á los Embaxadores de Cortés.

çuma, tuuieron por cierto que ibamos contra ellos, porque les tenian por enemigos: y como otras vezes los Mexicanos con mañas, y cautelas les entrauan en la tierra, y se la saqueauan, assi creyeron querian hazer ora: por manera, que luego como llegaron los dos nuestros mensajeros con la carta, y el chapeo, y començaron á dezir su embaxada, los mandaron prender sin ser mas oídos, y estuimos aguardando respuesta aquel dia, y otro, y como no venian, despues de auer hablado Cortés á los principales de aquel pueblo, y dicho las cosas que convenian dezir acerca de nuestra Santa Fe, y como eramos vassallos de nuestro Rey, y señor, que nos embió á estas partes, para quitar que no sacrificuen, y no maten hombres, ni coman carne humana, ni hagan las torpedades que suelen hazer: y les dixo otras muchas cosas, que en los mas pueblos por donde passauamos les soliamos dezir, y despues de muchos ofrecimientos que les hizo que les ayudaria, les demandó veinte Indios de guerra, que fuessen con nosotros, y ellos nos los dieron de buena voluntad, y con la buena ventura, encomendandonos á Dios, partimos otro dia para Tlascala, e yendo por nuestro camino con el concierto que ya he dicho, vniendos nuestros mensajeros que tenian presos, que parece ser como andauan rebueltos en la guerra los Indios que los tenian á cargo, y guarda, se descuydaron, y de hecho como eran amigos los soltaron de las prisiones, y vniieron tan medrosos de lo que auian visto, e oído, que no lo acertauan á dezir: porque segun dixeron quando estauan presos, los amenazauan, y dezian: Agora hemos de matar á estos que llamais Teules, y comer sus carnes, y veremos si son tan esforçados, como publicais, y tambien comere-mos vuestras carnes, pues venis con trayciones, y con embustes de aquel traidor de Montecuma: y por mas que les dezian los mensajeros, que eramos contra los Mexicanos, que á todos los Tlascaltecas los teniamos por hermanos, no aprouechauan nada sus razones: y quando Cortés, y todos nosotros entendimos aquellas sobervias palabras, y como estauan de guerra, puesto que nos dió bien que pensar en ello, diximos todos: Pues

Sueltanse los presos.

que assi es, adelante en buen hora, encomendandonos á Dios, y nuestra bandera tendida, que lleuaua el Alferéz Corral: porque ciertamente nos certificaron los Indios del pueblezuelo donde dormimos, que auian de salir al camino á nos defender la entrada en Tlascala; y assi mismo nos lo dixeron los de Cempoal, como dicho tengo. Pues yendo desta manera que he dicho, siempre ibamos hablando como auian de entrar, y salir los de cauallo á media rienda, y las lanças algo terciadas, y de tres en tres, porque se ayudassen: e que quando rompiessimos por los esquadrones, que lleuassen las lanças por las caras, y no parassen á dar lançadas, porque no les echassen mano dellas: y que si acaciesse, que les echassen mano, que con toda fuerça la tuuiesen, y debaxo del brazo se ayudassen; y poniendo espuelas con la furia del cauallo se la tornarian á sacar, e lleuarian al Indio arrastrado. Dirán ora, que para que tanta diligencia sin ver contrarios guerreros que nos acometiesen? A esto respondiendo, y digo, que dezia Cortés: Mirá señores compañeros, ya veis que somos pocos, hemos de estar siempre tan apercebidos, y aparejados, como si ora viessemos venir los contrarios á pelear, y no solamente vellos venir, sino hazer cuenta que estamos ya en la batalla con ellos: y que como acace muchas vezes que echan mano de la lança, por esto hemos de estar auisados para el tal menester, assi dello, como de otras cosas que conuenien en lo militar, que ya bien he entendido, que en el pelear no tenemos necesidad de auisados, porque he conocido, que por bien que yo lo quiera dezir, lo hareis muy mas animosamente: y desta manera caminamos obra de dos leguas, y hallamos vna fuerça bien fuerte hecha de cal, y canto, y de otro betun tan rezio, que con picos de hierro era forçoso deshazerla, y hecha de tal manera, que para defenja era harto rezia de tomar, y deriuimonos á mirar en ella, de los de y preguntó Cortés á los Indios de Tlascala, Zocotlan, que á que fin tenian aquella fuerça hecha de aquella manera: y dixeron, que como entre su señor Montecuma, y los de Tlascala tenian guerras á la continua, que los Tlascaltecas para defender mejor sus pue-

Grande preuenciõ de Cortés.

Fortaleza de los de Tlascala.

pueblos la auian hecho tan fuerte; por- que ya aquella es su tierra, y repara- mos vn rato, y nos dió bien que pensar en ello, y en la fortaleza. Y Cortés di- xo: Señores, sigamos nuestra vanderá que es la señal de la Santa Cruz, que con ella venceremos. Y todos á vna le res- pondieron, que vamos mucho en buen hora, que Dios es fuerza verdadera; y assi començamos á caminar con el con- cierto que he dicho, y no muy lexos vie- ron nuestros corredores del campo hasta obra de treinta Indios, que esta- uan por espías, y tenían espadas de dos manos, rodélas, lanças, y penachos, y las espadas son de pedernales, que cortan mas que nauajas, puestas de arte, que no se pueden quebrar, ni quitar las nauajas, y son largas como montantes, y tenían sus diuísas, y penachos: y como nuestrs corredores del campo los vieron, bol- uieron á dar mandado. Y Cortés man- dó á los mismos de acuallo, que cor- rriessen tras ellos, y que procurassen to- mar algunos sin heridas: y luego embió otros cinco de acuallo, porque si hu- uiese alguna celada, para que se ayuda- sen: y con todo nuestro exercito dimos pricisa, y el passo largo, y con gran con- cierto, porque los amigos que teníamos nos dixeron, que ciertamente traian gran copia de guerreros en celadas: y desde que los treinta Indios que estauan por espías, vieron que los de acuallo iban hazia ellos, y los llamauan con la mano, no quisieron aguardar, hasta que los alcanzaron, y quisieron tomar á algunos dellos, mas defendieronse muy bien, que con los montantes, y sus lan- gas hirieron los cauallos: y quando los nuestros vieron tan brauosamente pe- lear, y sus cauallos heridos, procura- ron de hazer lo que eran obligados, y mataron cinco dellos: y estando en esto, viene muy de presto, y con gran furia, vn escuadron de Tlascaltecas, que estauan en celada de mas de tres mil dellos, y començaron á flechar en todos los nue- stras de acuallo, que ya estauan juntos, y dan vna refriega: y en este instante llegamos con nuestra Artilleria, es- primera copetas, y ballestas, y poco á poco començaron á bolver las espaldas; puesto que se detuieron buen rato peleando, con buen concierto, y en aquel reencuen- tro hirieron á quatro de los nuestros, y

pareceme que desde allí á pocos dias murió el vno de las heridas: y como era tarde, se fueron los Tlascaltecas recogiendo, y no los seguimos: y queda- ron muertos hasta diez y siete dellos, sin muchos heridos: y desde aquellas hie- rras passamos adelante, y era llano, y auia muchas casas de labranças de maiz, y magiales, que es de lo que hazen el vi- no, y dormimos cabe vn arroyo: y con el vnto de vn Indio gordo que allí mata- mos, que se abrió, se curaron los heri- dos, que azeite no lo auia; y tuuimos muy bien de cenar de vnos perrillos que ellos erian; puesto que estauan todas las casas despobladas, y alçado el ható, y aunque los perrillos lleuauan consigo, de noche se boluian á sus casas, y allí los apañauamos, que era harto buen mantenimiento: y estuimos toda la noche muy á punto con escuchas, y bue- nas rondas, y corredores del campo, y los cauallos enlladados, y enfrenados, por temor no diessen sobre nosotros. Y quedarle ha aqui, y dire las guerras que nos dieron.

Perrillos que comen los Españoles.

CAPITULO LXIII.

De las guerras, y batallas muy peligrosas que tuuimos con los Tlascaltecas, y de lo que mas passó.

OTRO dia despues de auernos encomendado á Dios, parti- mos de allí, muy concertados, todos nuestros escuadrones, y los de acuallo, muy auicados de co- mo auian de entrar rompiendo, y salir, y en todo caso procurar que no nos rom- piesen, ni nos apartassen vnos de otros: e yendo assi como dicho tengo, viene á encontrar con nosotros dos escuadrones, que auia seis mil, con gra- des gritas, atambores, y trompetas, y flechando, y tirando yarás, y haziendo como fuertes guerreros. Cortés man- dó, que estuiessemos quedos, y con tres prisioneros que les auiamos tomado el dia antes, les embiamos á dezir, y á re- querir, que no nos diessen guerra, que

mataron

los

Requerimiento á los Tlascaltecas.

Rompen batalla.

Librea de los Indios blanca, y colorada.

los queremos tener por hermanos, y di- xo á vno de nuestros soldados, que se de- zia Diego de Godoy, que era escriuano de su Magestad, mirasse lo que passaua, y diese testimonio dello, si se huuiese me- nester, porque en algun tiempo no nos demandassen las muertes, y daños, que se recreciesen, pues les requeriamos con la paz: y como les hablaron los tres pri- sioneros que les embiamos, mostra- ronse muy mas recios, y nos dauan tanta guerra, que no les podiamos sufrir. Entonces dixo Cortés, Santiago, y á ellos, y de hecho arremetimos de manera, que les matamos, y herimos muchas de sus gentes con los tiros, y entré ellos tres Capitanes. Y vanse retrayendo á vnos arcabuceos, donde estauan en celada so- bre mas de quarenta mil guerreros, eó su Capitan general, que se dezia Xicotenga, y eó sus diuísas de blanco, y colorado, porque aquella diuísas, y librea era de aquel Xicotenga; y como auia allí vn as quebradas, no nos podiamos aprouechar de los cauallos, y con mucho concierto los passamos. Al passar tuuimos muy gra peligro, porq se aprouecharon de su bué flechar, y con sus lanças, y motantes nos hazian mala obra, y aun las hondas, y pie- dras como granço eran harto malas, y como nos vimos en lo llano con los ca- uallos, y Artilleria, nos lo pagauan, que matauamos muchos: mas no osauamos deshazer nuestro escuadron, porque el soldado que en algo se demandaua pa- ra seguir algunos Indios de los montan- tes, ó Capitanes, luego era herido, y co- rria gran peligro. Y andando en estas ba- tallas nos cercan por todas partes, que no nos podiamos valer poco, ni mucho, que no osauamos arremeter á ellos, sino era todos juntos, porque no nos descon- certassen, y rompiesen, y si arremetia- mos, como dicho tengo, hallauamos so- bre veinte escuadrones sobre nosotros, que nos resistian, y estauan nuestras vi- das en mucho peligro, porque eran tan- tos guerreros, que á puñados de tierra nos cegaran, sino que la gran misericor- dia de Dios nos locorria, y nos guarda- ua. Y andando en estas pricissas entre aquellos grandes guerreros, y sus teme- rosos montantes, parece ser acordaron de se juntar muchos dellos, y de mayo- res fuerzas para tomar á manos á algun cauallo, y lo puseron por obra, y arre- metieron, y echan mano á vna muy

bucna y egua, y bien rebuelta de juego, y de carrera, y el Cauallero que en ella iba muy buen ginete, que se dezia Pedro de Morón; y como entró rompiendo con otros tres de acuallo entre los es- cuadrones de los contrarios, porque assi les era mandado, porque se ayuda- sen vnos á otros, echanle mano de la lan- ça, que no la pudo sacar, y otros le dan de cuchilladas con los montantes, y le hirieron malamente; y entonces dieron vna cuchillada á la yegua, que le corta- ron el pescuego redondo, y allí quedó muerta: y si de presto no socorrieran los dos compañeros de acuallo al Pe- dro de Morón tambien le acabáran de matar. Pues quizá podiamos con todo nuestro escuadron ayudalle. Digo otra vez, que por temor que no nos desbara- tassen, ó acabassen de desbaratar, no podiamos ir, ni á vna parte, ni á otra, que harto teníamos que sustentar no nos lleuassen de vencida, que estuamos muy en peligro: y toda vía acudiamos á la presa de la yegua, y tuuimos lugar de salvar al Morón, y quitarse de su poder, que ya le lleuauan medio muer- to, y cortamos la cincha de la yegua, porque no se quedasse allí la silla: y assi en aquel socorro hirieron diez de los nuestros; y tengo en mí, que matamos entonces quatro Capitanes, porque andauamos juntos pie con pie, y con las espadas les haziamos mucho daño; porque como aquello passó, se comen- çaron á retirar, y lleuaron la yegua, la qual hizieron pedaços, para mostrar en todos los pueblos de Tlascala: y des- pues supimos que auian ofrecido á sus idolos las herraduras, y el chapeo de Flandes vedijudo, y las dos cartás que les embiamos para que viniessen de paz. La yegua que mataron, era de vn Juan Sedeno, y porque en aquella sazón esta- ua herido el Sedeno de tres heridas del dia antes, por esta causa se la dió al Mo- rón, que era muy buen ginete, y mu- rió el Morón entonces de allí á dos dias de las heridas, porque no me acuerdo verle mas. Boluamos á nuestra bata- lla, que como auia bien vna hora que estuamos en las rencillas peleando, y los tiros les deurian de hazer mucho mal, porque como eran mu- chos, andauan tan juntos, que por fuerza les auian de lleuar copia dellos: pues los de acuallo, escopetas, balle-

Matante la yegua á Pedro Morón.

Vna de las mayores batallas que tuuieron fue esta.

tas, espadas, rodela, y lanças, todos á vna peleuamos como valientes soldados, por salvar nuestras vidas, y hazer lo que eramos obligados, porque ciertamente las teniamos en grande peligro, qual nunca estuuieron, y á lo que despues supimos, en aquella batalla les matamos muchos Indios, y entre ellos ocho Capitanes muy principales, hijos de los viejos Caciques que estauan en el pueblo cabecera mayor, á esta cauala se truxeron con muy buen concierto, y á nosotros que no nos pasó dello, y no los loquimos, porque no nos podiamos tener en los pies de cansados: allí nos quedamos en aquel poblecueto, que todos aquellos campos estauan muy poblados, y aun tenian hechas otras calas debaxo de tierra como cuebas, en que viuan muchos Indios, y llamauase donde pasó esta batalla Tchuacingo, ó Tchuacacingo, y fue da la en dos dias del mes de Setiembre de mil y quinientos y diez y nueue años: y del que nos vimos con victoria, dimos muchas gracias á Dios, que nos libró de tan grandes peligros; y desde allí nos retruximos luego á vnos Cues que estauan buenos, y altos como en fortaleza, y con el vno del Indio que ya he dicho otras vezes, se curaron nuestros soldados, que fueron quinze, y murió vno de las heridas; y tambien se curaron quatro, ó cinco cauallos que estauan heridos, y reposamos, y cenamos muy bien aquella noche; porque teniamos muchas gallinas, y perrillos que huuimos en aquellas calas, con muy buen recaudo de escuchas, y rondas, y los co-

Dia que se dió esta gran batalla.

Los Indios, redores del campo, y descansamos hasta otro dia por la mañana. En aquesta heridos, y batalla tomamos, y prendimos quinze así no se Indios, y los dos principales; y vna cosa sabe los q. tenian los Tlascaltecas en esta batalla, y mueren. en todas las demás, que en hiriendoles qualquiera Indio, luego lo lleuauan, y no podiamos ver los muertos.



CAPITULO LXIV.

Como tuuimos nuestro Real assentado en vnos pueblos, y caserías, que se diz en Teoacingo, ó Tenacingo; y lo que allí hizimos.

COMO nos sentimos muy trabajados de las batallas passadas, y estauan muchos soldados, y cauallos heridos; y teniamos necesidad de adouar las ballestas, y alistar almacen de factas, estuuimos vn dia sin hazer cosa que de contat sea; y otro dia por la mañana dixo Cortés, que sería bueno ir á correr el campo con los de acuallo, que estauan buenos para ello, porque no pensassen los Tlascaltecas que dexauamos de guerrear por la batalla passada, y porque viesse que siempre los auiamos de seguir: y el dia passado, como he dicho, auiamos estado sin salirlos á buscar, é que era mejor irles nosotros á acometer, que ellos á nosotros, porque no sintiesse nuestra flaqueza, y porque aquel campo es muy llano, y muy poblado. Por manera que có siete de acuallo, y pocos ballesteros, y escopeteros, y obra de duzientos soldados, y con nuestros amigos, salimos, y dexamos en el Real buen recaudo, segun nuestra posibilidad, y por las calas, y pueblos por donde ibamos, prendimos hasta veinte Indios, é Indias, sin hazelles ningun mal: y los amigos como son crueles, quemaron muchas calas, y truxeron bien de comer gallinas, y perrillos, y luego nos boluimos al Real, que era cerca, y acordó Cortés de soltar los prisioneros, y se les dió primero de comer, y Doña Marina, y Aguilar los halagaron, y dieron cuentas, y les dixeron que no fuesse mas locos, é que viniesse de paz, que nosotros les querremos ayudar, y tener por hermanos: y entonces tambien soltamos los dos prisioneros primeros, que eran principales, y se les dió otra carta para que fuesse á dezir á los Caciques mayores, que estauan en el pueblo cabecera de todos los mas pueblos de aquella Prouincia, que no les veniamos á hazer mal, ni enojo, sino para passar por su tierra, é ir á Me-

xico

Respuesta cruel de Xicotenga el moço.

xico á hablar á Moteçuma, y los dos mofajeros fueron al Realde Xicotenga, que estaua de allí obra de dos leguas en vnos pueblos, y calas, que me parece que se llamauan Tecuacinpacingo; y como les dieron la carta, y dixeron nuestra embaxada, la respuesta que les dió su Capitán Xicotenga el moço, fue, que fuessemos á su pueblo adonde está su padre, q. allá harian las pazes có hartarse de nuestras carnes, y honrar sus dioses con nuestros coraçones, y sangre, é que para otro dia de mañana veriamos su respuesta: y quando Cortés, y todos nosotros oimos aquellas tan sobervias palabrs, como estauamos oñtigados de las passadas batallas, é encuentros, verdaderamente no lo tuuimos por bueno, y á aquellos mofajeros halagó Cortés con blandas palabras, porque les pareció que auian perdido el miedo, y les mandó dar vnos sartalejos de cuentas, y esto para tornalles á embiar por mensajeros sobre la paz. Entonces se informó muy por extenso, como, y de que manera estaua el Capitán Xicotenga, y que poderes tenia consigo; y les dixeron que tenia muy mas gente que la otra vez quando nos dió guerra, porque traia cinco Capitanes consigo, y que cada Capitania traia diez mil guerreros. Fue desta manera que lo cotaua, que de la parcialidad de Xicotenga, que ya no auia del viejo padre del mismo Capitán, sino diez mil, y de la parte de otro gran Cacique, que se dezia Mase-Escaci otros diez mil, y de otro gran principal, que se dezia Chichimeca Tecle, otros tantos, y de otro gran Cacique señor de Topeyanco, que se dezia Tecapaneca, otro diez mil, é de otro Cacique, que se dezia Guaxobcin, otros diez mil: por manera que eran á la cuenta cincuenta mil, y que auian de sacar su vadera, y seña; que era vn ave blanca, tendidas las alas, como que queria bolar, que parece como auestruz, y cada Capitán con su diuisa, y librea; porque cada Cacique así las tenia diferenciadas. Digamos agora como en nuestra Castilla tienen los Duques, y Condes: y todo esto que aqui he dicho tuuimoslo por muy cierto, porque ciertos Indios de los que tuuimos presos que soltamos aquel dia, lo dezia muy claramente, aunque no eran creidos. Y quando aquello vimos, como somos hombres, y temiamos la muerte, muchos de nosotros, y aun todos los mas nos con-

Cincuenta mil Indios era el exercito con cinco Capitanes, y cada vno su d. o. sa.

libro de la historia verdadera de la conquista de la nueva España.

fessamos con el Padre de la Merced, y con el Clerigo Juá Diaz, que toda la noche estuuieron en or de penitencia, y encomendandonos á Dios, que nos librase no fuessemos vencidos; y desta manera passamos hasta otro dia: y la batalla que nos dieron aqui lo dire.

Temen los nuestras, confiesanse: lo que los anima Fray Bartolome de Olmedo.

CAPITULO LXV.

De la gran batalla que huuimos có el poder de Tlascaltecas, y quiso Dios Nuestro Señor darnos vitoria, y lo que mas pasó.

OTRO dia de mañana, que fueron cinco de Setiembre de mil y quinientos y diez y nueue años, puffimos los cauallos en concierto, que no quedó ninguno de los heridos que allí no saliesse para hazer cuerpo, é ayudassen lo que pudiesse, y apercebidos los ballesteros, que con gran concierto gastassen el almazen, vnos armando, y otros soltando, y los escopeteros por el consiguiente, y los de espada, y rodela, que la estocada, ó cuchillada, que diessemos, que passassen las entradas, porque no se oñsassen juntar tanto como la otra vez, y el Artilleria bien apercebida iba: y como ya tenian auiso los de acuallo que se ayudassen vnos á otros, y las lanças terciadas sin pararle á alancear, sino por las caras, y ojos, entrando, y saliendo á media rienda, y que ningun soldado saliesse del esquadron, y có nuestra bandera tendida, y quatro copañeros guardando al Alférez Corral. Así salimos de nuestro Real, y no auiamos andado medio quatto de legua, quando vimos aflomar los campos llenos de guerreros con grades penachos, y sus diuilas, y mucho ruido de trópetillas, y bocinas. Aqui auia bien que escriuir, y ponello en relacion lo que en esta peligrosa, y dudosa batalla passamos, porque nos cercaron por todas partes tantos guerreros, que se podia comparar como si huuiesse vnos grades prados de dos leguas de ancho, y otras tantas de largo, y en medio dellos quatrocientos hombres, así era; todos los campos llenos dellos, y nosotros obra